

González#91

CIRCULA EN EL DEPARTAMENTO DE ARTE,
FACULTAD DE ARTES Y HUMANIDADES, UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

lunes 19 de agosto, 2008

La inutilidad de la poesía

Deslicé un verso de Rilke en una diapositiva que iba sobre otro tema, y pregunté a mis estudiantes de la Universidad: ¿les gusta la poesía? El silencio que me aplicaron como respuesta me abrumó tanto más por el consenso que por el látigo inclemente que entrañan esos silencios. Ataviado de una antigua valentía, que me ha llevado a defender la palabra sobre las militancias, riposté: ¿y el arte en general? Tres de cuarenta levantaron tímidamente sus manitos, como si aquello no entrañara una apuesta por la estética sino la confesión de un culto anacrónico que podría avergonzarlos.

Les expliqué que el cultivo de la poesía en particular, y de las artes y las humanidades en general, era el complemento insustituible, y acaso el contrapeso indispensable, del rabioso pragmatismo que hoy se aplica como rasero en la enseñanza de las profesiones.

Agregué que un mundo sin poesía estaría condenado a la más lenta de las muertes, la de los corazones que se quedan sin esperanzas. Porque había sido la poesía, justamente, quien había salvado al mundo de sus desdichas históricas, y al hombre de sí mismo, lobo como es de su cercano, según Hobbes.

Recordé a mi padre, que afirmaba con razón que la poesía no daba de comer. Y quise decirles a mis estudiantes que en aquella inutilidad de la poesía residía su mejor utilidad, que no era precisamente la de servir a lo pragmático, sino la de contribuir a lo sublime: sostener, por encima de los edificios, la vida.

Un poema no es una ecuación, ni un texto explicativo de un procedimiento; tampoco, un conjunto de recetas cifradas que se aplican para aliviar un dolor, una tristeza. Un poema es la vida puesta ahí, con su mezcla de tristezas y alegrías, que sirve para la vida según sea la necesidad de vivir que pueda tener su ocasional lector. Una estructura lingüística multiuso y multinivel, si lo quieren poner en los términos que hoy se acostumbran, bien ausentes de la magia poética por cierto. Un poema es útil por la infinita maleabilidad que pueden tener sus palabras en la dinámica adaptativa de la vida. Sustancia no demostrable por la ciencia, es cierto, la más inútil de las hermosas artes, que no requiere de ciencia alguna para demostrar su utilidad.

Se me ocurrió citar ante mis estudiantes un texto que le aprendí a un neurólogo contemporáneo, jefe del laboratorio de biología molecular del prestigioso Instituto Pasteur. Esto dijo Jean Pierre Changeux: la ciencia no se identifica con el placer ni el arte con la razón, pero no hay ciencia sin placer ni arte sin razón.

—Manuel Guzman Hennessey

guzmanhennessey@yahoo.com.ar

[publicado inicialmente en El Tiempo]

Comentarios a *Contra la interpretación*, de
Susan Sontag (*pretextos*)

No sé cómo puede evitarse el “contenido”.

Concuerdo en que no debe olvidarse la forma, como muchas veces pasa... pero, evitar la idea o lo que sea qué es contenido... ¿cómo?

Tenemos tantos “productos” que algo nos indica una nueva necesidad¹. Es complicado y posiblemente atrevido afirmarlo pero me arriesgo a pensar que tenemos un cáncer en el arte contemporáneo².

Mi preocupación no radica en si la mirada debe ser a la forma o al contenido. Entiendo que para Sontag esto era primordial. Pero en este tiempo, opino que sólo el perezoso separa lo uno de lo otro, pues, existen muchos textos que nos han “enseñado” (o señalado) que pese a no ser dos cosas iguales, igual que el día y la noche, se necesitan...

Sontag toca la angustia a que me refiero, cuando afirma que nuestra cultura está basada en el exceso y que resulta de ello una constante declinación de la agudeza de nuestra experiencia sensorial.

Sospecho que no sólo es sensorial, también intelectual y emocional. Pero bueno, a lo que voy no es a que debamos o no agudizarnos más, pues no dudo que muchos conservan y cultivan la agudeza de la experiencia (sensorial, intelectual, emocional, etc). Me pregunto de que sirve ello si el cáncer continua. Es como mantener la calma y tratar de ser mejor mientras se agoniza. Es provechosa la tarea de “agudizarnos”, pero ello sólo no parece estar haciendo mucho.

Además de hacer las cosas más conscientes (como el *LeWitt en progresión* de Rosalind Krauss) necesitamos algo nuevo. Aunque suene estúpido pedir algo nuevo en este momento, después de las vanguardias...

Pero, realmente, parece que tenemos cáncer.

Con miedo (como casi siempre) a lo que estoy diciendo,

—Laura Peña...

.....

¹ En el mundo de las necesidades tenemos una que es real.

² No es atrevido si se considera que actualmente decir que nuestra sociedad tiene un cáncer o que el ser humano es un virus es un lugar común. Pero lo es, si se piensa en como afecta tal afirmación a cada uno de los “productos” actuales del arte contemporáneo. Ahí es donde yace mi preocupación e inseguridad. Pues, parecer segura de lo que digo es fácil, pero no lo estoy....

ESTRATEGIA

González no sabe nada de conferencias, eventos o inauguraciones,
pero recomienda este sitio de internet:

<http://javaleegarcia.blogspot.com/>

Ahí se puede leer pero, sobre todo, se puede ver. El maestro Dimo García dice cosas pero es gracias a una generosa cantera de imágenes (en expansión constante) como el archivista posibilita lo que algunas clases de artes plásticas mal dictadas no logran conseguir: aprender sobre la imagen a través de la imagen.

Si desea estar con González, envíe su colaboración al correo electrónico: hojagonzalez@gmail.com

González publica lo que se quiera hacer público. La única regla es usar un nombre, un apellido y aceptar las limitaciones de una hoja de papel. Esta hoja circula al comienzo de cada semana del período académico de clases.

Rotos: la campana, el vidrio y el corazón
Sobre el fetichismo

Llegué a Filadelfia a ver una campana. Hice una larga fila entre gente de todos las razas e idiomas para ver una campana rota. Antes de ver la intocable “Campana de la Libertad” había un pasillo museográfico, donde se contaba la importancia de la misma, lleno de diferentes replicas e imágenes suyas y por supuesto, de orgullosas frases patrióticas que exaltaban el tan americano sentimiento de libertad.

Pasillo a pasillo se contaba cómo se había incrementado el fetichismo por la campana; cómo la habían visto miles de personas de todo el mundo; historias de padres que suplicaban para que sus hijos pudieran tocarla y cómo su simbolismo se ha potenciado y adaptado a diferentes situaciones como es el caso de la “Nueva Campana de la Libertad” resignificación que las sufragistas utilizaron en su campaña.

Al final, un video corto hace un buen resumen de todo lo anteriormente visto. La excelente edición y la música dejan a cualquier turista listo, con el sentimiento de libertad y la cámara fotográfica en la mano, para tomarse una foto sonriendo al lado de una campana rota que esta custodiada por dos guardias americanos que también sonríen.

Al día siguiente, Jessi, mi guía en la ciudad, me preguntó que a qué otro lugar quería ir. Fue entonces cuando me di cuenta que realmente sólo había viajado a Filadelfia por ir al museo, por ir a ver a Duchamp, por ir a ver el Gran Vidrio.

Sin hacer ninguna fila y con el mapa del museo en la mano, ubicamos la sala y en menos de nada estaba al frente del intocable vidrio roto. No pude evitar hacer un ruido entre ohhh!!! de asombro y ahhh!! de satisfacción, no encuentro la onomatopeya (en todo caso era la misma que había usado Jessi cuando me vio con mi vestido verde).

Esperamos a que la guía del museo, quien explicaba de una forma humorística el trabajo de Duchamp, saliera de la sala con su atento grupo, y entonces nos sentamos al frente. Y nos quedamos varios minutos.

A mi me gustan los nombres raros, casi, casi, es mi fetiche. Y aunque Jessi es mas bien común, su estilo de vida —que descubrí mientras iba transcurriendo el fin de semana—, me cautivó. Esos pocos días en Filadelfia fueron absolutamente increíbles. No la pude pasar mejor; no solo por lo oportuno de los diferentes planes, sino por su encantadora compañía. Es pertinente decir, que en algunas ocasiones también su novia nos acompañaba no tan encantadoramente.

Ver y no tocar

Al ver la campana me sentí hastiada y me rehusé a tomarme una foto con el objeto en cuestión, de fondo. “ Al fin y al cabo es solo una estúpida campana” pensé. Sin embargo, sí saqué mi cámara para tomarle fotos a los orgullosos turistas que posaban detrás de un banda de seguridad. La campana se puede ver, pero no tocar.

Como en el Museo de Arte de Filadelfia no se puede tomar fotos, ni siquiera se me ocurrió hacerlo. Además tengo la certeza que las fotos de los libros son mejores que las que yo podría sacar con mi vieja cámara de turista, así que no tuve otra opción que sentarme en la silla y disfrutar. El vidrio se puede ver, pero no tocar.

Y como Jessi tiene novia, se puede ver, pero no tocar.

—Lina Castañeda